



LA CONSAGRACIÓN NO CONSISTE EN CAMBIOS HECHOS CON EL BRAZO DE CARNE

Al referirnos a la consagración, no debemos pensar que para alcanzarla es necesario buscar la religión adecuada, porque no es lo que el hombre diseña lo que produce un cambio, si no la misma Gracia del Señor. Por otro lado, muchos de los mensajes que se escuchan hoy en día a través de los medios de comunicación, producen una emotividad en los creyentes casi parecida a la consagración, son los famosos “*mensajes didácticos*”, mensajes que pregonan como debemos ser en el vivir diario, que sirven de motivación para que el hombre alcance el éxito, buena conducta, que abandonen vicios, etc. y sobre todo impulsan a que la gente haga tratos con Dios (negociando), como por ejemplo: “*Señor dejo el vicio de tomar, pero me prosperas económicamente*”, éste mensaje a la verdad tiene apariencia de deseos de “*consagración*”, pero en el fondo lo único que se promueven es alcanzar una ambición personal por los medios divinos. !qué engaño más sutil! Ignoran lo que dice la Escritura en *1 Corintios 15:19 Si hemos esperado en Cristo para esta vida solamente, somos, de todos los hombres, los más dignos de lástima*. No debemos olvidar que la recompensa de vivir el Evangelio, tiene un alcance eterno y no temporal, si la recompensa la esperamos sólo para esta vida, tienen peso las palabras de Pablo, al decir que de todos los hombres somos los más dignos de lástima.

Por otro lado, muchas veces en la Iglesia se observa que algún recién convertido continúa practicando el pecado deliberadamente, y no se le dice nada para que “no se vaya de la Iglesia”, porque es un milagro que el fulanita esté asistiendo a la congregación” y se conciente más si ha sido una figura pública en el mundo, pero eso no debe ser así, Pedro advirtió de tal clase de hombres que entrarían a la Iglesia *2 Pe. 2:2 Muchos seguirán su sensualidad, y por causa de ellos, el camino de la verdad será blasfemado*; hoy día el Evangelio se ha degradado mucho y es



blasfemado a causa de la tolerancia que se tiene en la Iglesia con el pecado. Toda persona que realmente conoce al Señor debe manifestar cambios, no estamos hablando de una santidad externa y de apariencias de cristiandad logradas por medio de la fuerza del brazo de carne, pero sí cambios habilitados por el espíritu regenerado. Pero lamentablemente esto ya no se da hoy en día en la mayor parte de la Iglesia, en vez de promover la libertad en Cristo, se promueve un libertinaje, un consentimiento al pecado, una mezcla entre lo santo y lo profano, un estilo de vida en la que ya no se ve la necesidad de una consagración.

La intención de estudiar este tema es darnos cuenta que sí debe existir una frontera entre la manera de vivir de un creyente y la de un incrédulo, sí debe de existir un cambio, no sólo en cuanto a lo externo, si no un cambio en las convicciones y prioridades como cristianos nacidos de nuevo, aún hoy en medio de esta generación en la que vivimos debemos consagrarnos para el Señor, porque sólo así lograremos agradar al Padre. Sólo consagrándonos podremos vivir el verdadero Evangelio, el cual consiste en dar lugar a que Dios pueda invadir cada parte del ser del hombre, para que éste sea una expresión del Plan de Dios. Cuando alguien tiene la vida de Cristo en él, tiene la capacidad de cambiar no por imposición de mandamientos de hombres, si no por la obra del Espíritu Regenerando. Debemos entender que la vida divina con el hombre, no produce necesariamente algún cambio en lo natural para el presente, es como *Génesis 1:2 Y la tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.* El espíritu sin la Palabra no ordena el caos de la vida del hombre, sólo se mueve superficialmente, pero el Espíritu operando por la Palabra puede transformar el desorden, sólo por una palabra de la boca de Dios el Espíritu puede hacer cambios, como en Gen. 1:3 “y dijo Dios...” cuando Dios habló, cuando Él emitió una palabra, entonces empezaron a suceder cambios, así sucede con nuestro ser, sólo si Él da una Palabra habrán cambios en nuestra vida, los cambios del Espíritu no vienen por lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer, ni por obedecer los mandamientos de hombres, los cambios genuinos vienen cuando dejamos que Su Palabra invada nuestro ser, cuando Su Palabra toca algo más que la superficie de nuestra vida desordenada.



CONSAGRARNOS ES ARMONIZAR CON DIOS

Para consagrarnos a Dios es necesario reconocer una cosa: “Si Dios vive en mí, tengo que armonizar mi forma de vida a su forma de vida, mis pensamientos a sus pensamientos, mis deseos a sus deseos, etc. es decir, debo procurar que mi vida armonice enteramente con Él” al revisar la palabra “consagración” en el Antiguo Testamento, vemos que viene de una raíz que quiere decir: “estar lleno, pleno, completo”, lo que nos da a entender que al venir a Cristo nuestra vida debe ser completamente entregada a Su servicio, no porque lo sintamos o lo deseemos, si no porque nos compró con precio de sangre por lo cual ya no somos más esclavos del pecado si no de la justicia *Rom. 6:19 Hablo en términos humanos, por causa de la debilidad de vuestra carne. Porque de la manera que presentasteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y a la iniquidad, para iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros como esclavos a la justicia, para santificación.* Un esclavo no tiene vida para sí mismo, su vida la debe a su amo, las 24 horas del día y cada día de su vida la debe a la voluntad del amo, así nosotros debemos a la voluntad de Dios cada segundo de nuestra vida porque nos compró, nos debemos pues, totalmente a nuestro Amo Celestial.

Él llega a establecerse a nuestra vida como Rey para que nosotros seamos sus siervos, y no que Él se convierta en nuestro servidor, por lo que si queremos su Presencia en nuestra vida, debemos hacerlo sentir cómodo con nuestra manera de vivir. Debemos pues de olvidar lo que aprendimos en el mundo, los vicios, las malas compañías, etc. porque eso no armoniza con la nueva vida de Cristo. Es como cuando llega un invitado a nuestra casa, tratamos de armonizar la casa con el invitado, si es alguien muy distinguido, a la hora de comer sacamos los mejores platos, los mejores cubiertos, etc. porque sabemos que el invitado merece esa atención. Pues así sucede hoy que el Señor vive en nuestro interior, debemos de manifestar una responsabilidad de hábitat para con Él, pues Él es Rey y ha llegado a nuestra vida para habitar con nosotros como nuestro Rey, por lo tanto, debemos consagrarnos para Él, debemos dedicarnos a Él y hacer los cambios necesarios en



nuestra vida para que Él se sienta en armonía con nosotros, debemos limpiar la suciedad que traíamos en nuestra vana manera de vivir porque es necesario que Él se sienta bien. Cuando logremos esto en su Plenitud, habremos expresado a Dios en vasos de barro.

AL CONSAGRARNOS NOS CONVERTIMOS EN INSTRUMENTOS DE LA EXPRESIÓN DE DIOS

El fruto de la consagración es la manifestación y expresión de Dios en nuestra vida, pero ser instrumentos de expresión de Dios no tiene nada que ver con predicar por todos lados, ni decirle a todo mundo que somos creyentes, ni como se hace hoy en día, usar “slogans”, en nuestras prendas de vestir, en nuestras pertenencias, etc. anunciando que somos cristianos; para manifestar a Cristo sólo necesitamos vivir en armonía con el Espíritu que nos han dado. Debemos consagrarnos desde que recién aceptamos a Cristo, consagrarnos no es algo opcional, no es algo sólo para líderes, es algo para todo aquel que quiere perseverar en el Señor.

LA SANTIDAD Y LA SANTIFICACIÓN

Lev. 20:7 "Santificaos, pues, y sed santos, porque yo soy el Señor vuestro Dios. Vamos a tratar de hacer diferencia entre “santificarse” y “ser santo”. Ser santo nos habla de una naturaleza, “santificarse” nos habla de un ejercicio.

La santidad no es algo que lo debemos buscar, como tampoco es hacer o dejar de hacer cosas, la santidad no tiene necesidad de ser creada por el hombre, sólo tenemos que dejar que se manifieste, pues es la misma vida de Dios. Por lo tanto, somos santos no por lo que hagamos, sino por la naturaleza regenerada que tenemos. *1 Pe. 1:16 porque escrito está: Sed santos, porque Yo soy santo. v:17 Y si invocáis como Padre...;* Pedro nos habla de que somos santos por naturaleza, pues dice que invocamos a uno como nuestro Padre, y si Dios, nuestro Padre es Santo, nosotros como hijos suyos también somos santos por constitución desde el momento en que somos engendrados.



Lo que sí debemos procurar y no confundirlo con la santidad es la santificación, pues la santificación consiste en el proceso para que la santidad sea manifestada plenamente en el hombre regenerado. Como veíamos anteriormente, los creyentes nacidos de nuevo nos debemos a Dios totalmente, sin reservas, esto quiere decir que la consagración no tendrá lugar de acuerdo a nuestro sentir, si no que debemos consagrarnos si queremos vivir por y para el Espíritu. No debemos apartarnos del pecado cuando ya no sintamos deseos de pecar, porque el pecado es apetecible a la carne, nunca sentiremos deseos de ya no pecar, porque el pecado es placentero, y por voluntad humana nunca se saciará el deseo de pecar. Hay creyentes que dicen: *“yo dejé el vicio de el licor por un milagro del Señor, el mismo día en que recibí a Cristo me dio asco el licor y desde ese día nunca más he vuelto a tomar”* no podemos esperar que eso suceda en cada área afectada de nuestra vida.

Es necesario entonces tener conciencia que debemos consagrarnos no cuando sintamos, sino desde que comenzamos nuestra caminata con Cristo, es por derecho de propiedad que debemos vivir consagrados, pues cuando el Señor nos compró con sangre, no sólo nos salvó, si no que nos cambió el corazón, *Ez. 36:26 Además, os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne.* Vemos que somos santos por la naturaleza del espíritu regenerado que nos dieron, lo que también nos habilitará en el resto de nuestro caminata con Dios para santificarnos. No podemos fiarnos del testimonio de un recién convertido para tener como doctrina que hay que dejar el pecado sólo cuando sucede el milagro de que ya no nos apetece cierto vicio o alguna pasión desordenada, debemos entender que hay que dejar el pecado porque estamos bajo el concepto de esclavitud. Como lo dice la siguiente Escritura:

Rom. 6:16 ¿No sabéis que cuando os presentáis a alguno como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia? v:17 Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, os hicisteis obedientes de corazón a aquella forma de doctrina a la que fuisteis entregados; v:18 y habiendo sido libertados del pecado,



os habéis hecho siervos de la justicia.

Tenemos que ver un principio y es que hasta para el pecado tuvimos que llevar un aprendizaje, nunca ningún pecado salió perfecto, el ladrón nunca empieza robando bancos, el mentiroso se delata por sí solo las primeras veces que miente y así cada pecado, nunca la primera vez se logra “pecar bien”. Si eso sucede en los caminos del pecado, no puede ser menos en los caminos de Justicia, es cierto que no somos perfectos desde el primer día que nos convertimos a Cristo, pero debemos perseverar en hacer el bien, debemos perseverar en las buenas obras *Ef. 2:10 Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.* El ejercitarnos en hacer obras conforme al espíritu de santidad traerá como consecuencia la santificación. De allí lo básico que es la consagración, es decir, el entregarnos plenamente al espíritu de vida como esclavos de la Justicia, para lograr así el fruto de la santificación. *Rom. 6:21 ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de esas cosas es muerte v:22 Pero ahora, habiendo sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como resultado la vida eterna.*

LA CONSAGRACIÓN ES BÁSICA PARA NO SER UN OPROBIO AL NOMBRE DE DIOS

Hoy en día el término de la consagración es algo tan opcional en los creyentes que si alguien quiere se consagra y si no quiere, pues no se consagra, al fin y al cabo en la Iglesia tiene los mismos privilegios aquel que se consagra como el que no se consagra y tan parte de la Iglesia es el uno como el otro. A esos términos hemos llegado hoy en día, hacemos y vivimos como queremos y sea lo que sea somos parte de una congregación, y nadie nos debe de decir nada, pero algo como eso no es Iglesia de Cristo, podrá ser un lugar donde se reúnen los creyentes, pero no Iglesia de Cristo. La Biblia dice que a los que insisten en el pecado hay que sacarlos de la Iglesia. En el principio los Apóstoles practicaban esto:



sino que sea lo más prudente. A esto no se le llama hipocresía, a eso se le llama ser prudente por amor a que el Cuerpo de Cristo y el Evangelio no sea blasfemado por aquellos que no conocen al Señor.

LA CONSAGRACIÓN ES BÁSICA PARA TENER REVELACIÓN DE LAS ESCRITURAS.

2 Co. 3:18 Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu. El contemplar al Señor a cara descubierta es una condición básica para ser iluminado por Su gloria. Si alguno se acerca al Señor con la cara velada, ¿cómo puede esperar que la gloria del Señor brille en él? La luz de Dios solo brilla sobre aquellos que están abiertos a Él. A menos que uno esté abierto a Dios no hay manera de que pueda obtener su luz. El problema consiste en estar cerrado a Dios. Su espíritu, su corazón y su voluntad y su mente están cerrados a Él, y por ello, no tiene la luz de Dios brillando sobre él. Es como el sol, que, estando lleno de luz, tiene por objeto iluminar el mundo habitado; pero, si nos sentamos dentro de la casa con todas las puertas y ventanas cerradas, su luz no puede entrar y brillar sobre nosotros. La dificultad está, no en la luz sino en la persona. La luz solo puede iluminar a los que están abiertos ante ella. Ahora bien, si esto es verdad en el caso de la luz física, lo es igualmente con respecto a la luz espiritual. Siempre que nos cerramos, la luz no puede iluminarnos. Algunos creyentes son personas cerradas para Dios, y por tanto no pueden ver nunca su luz, examinémonos si estamos abiertos a Dios. Si nuestro rostro está velado, la gloria del Señor no podrá iluminarnos. Si nuestro corazón no está abierto a Dios, ¿cómo puede darnos luz?

Aunque todos los hijos de Dios tengan la misma Biblia, la iluminación que reciben de ella varía en extremo. Algunos parece que no tienen la más mínima comprensión del libro; algunos reciben algo de luz, en tanto que otros la encuen-



1 Co. 5:11 Sino que en efecto os escribí que no anduvierais en compañía de ninguno que, llamándose hermano, es una persona inmoral, o avaro, o idólatra, o difamador, o borracho, o estafador; con ése, ni siquiera comáis... v:13 Pero Dios juzga a los que están fuera. Expulsad de entre vosotros al malvado.

2 Tes. 3:14 Y si alguno no obedece nuestra enseñanza en esta carta, señalad al tal y no os asociéis con él, para que se avergüence.

Vemos claramente que la Iglesia del principio no toleraba a aquellos que siendo creyentes vivían de manera desordenada y entregada al pecado, si no que dice la Escritura que ni aún comían con tales personas que llamándose hermanos se entregaban a la inmoralidad, avaricia, etc. Son necesarias, pues, las normas que deben existir en la Iglesia para ser parte de ella, cuando hablamos de normas no nos estamos refiriendo a legalismos, ni tampoco estamos hablando de que para ser parte de la Iglesia no tenemos que pecar. Lo que estamos diciendo es que una de las normas de la Iglesia debe ser, no tolerar a aquellos que se recrean en el pecado, pues esto es diferente a los pecados que a diario cometemos. No debemos confundir que al hacer esto estamos actuando sin misericordia, pues tenemos conciencia de que hay gracia y perdón para el pecador y en ningún momento estamos cambiando el mensaje de gracia que el Señor nos ha puesto a que prediquemos y vivamos, lo que estamos tratando de decir, es que la vida nueva en Cristo demanda una nueva actitud y forma de vida, no podemos quedarnos impunes ante la vida licenciosa que muchos pretenden vivir aunque son hijos de Dios. Sabemos que Abogado tenemos para con el Padre para nuestros pecados, pero no licencia para pecar.

Hoy que el Señor nos está dando una mayor revelación en torno a la Iglesia, debemos de guardar las normativas del Cuerpo, porque el terreno que estamos pisando, Santo es. Debemos cuidarnos de nuestro modo de ser y nuestra manera de vivir. Debemos respetar el camino del Señor en lo público, en nuestras casas, en el vecindario, debemos guardar el carácter y la postura como creyentes; aún la manera de corregir a los hijos, que no sea un escándalo que se oiga en toda la colonia,



tran llena de luz. La razón que explica esta variación se halla en los lectores. La luz de Dios es la misma, pero las personas no son las mismas. Algunos están abiertos a Dios, de modo que pueden comprender la Biblia; pero otros están cerrados a Dios, por lo que son incapaces de comprender.

Se puede hacer la pregunta: ¿ Que es exactamente lo que significa estar abierto a Dios? Esta apertura ha de venir de una consagración que sea incondicional y sin reservas. El estar abierto a Dios no es una actitud temporal; es una característica permanente delante de Él. No es ocasional, sino, continua. Si la consagración de una persona a Dios es perfecta y absoluta, su actitud hacia Dios, naturalmente, va a ser sin reservas y no habrá nada cerrado en él para Dios. Toda indicación de haber algo cerrado solo indica la imperfección de la consagración de uno. Dicho de modo sencillo, entonces la oscuridad viene de estar cerrado, y el estar cerrado de la falta de consagración.

Por otro lado la Escritura dice: *Mt. 6:24 Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y desprejará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.* La razón de que muchos no pueden ver la luz es porque sus ojos son malos, en lo natural tenemos dos ojos, pero el foco, es uno; porque los dos ojos miran la misma cosa de modo simultáneo. De igual manera en lo espiritual, la razón por la cual muchos no reciben claridad o ven contradicciones en la Biblia es porque no tienen ojos sencillos (que vean una sola cosa), lo cual es producto de la falta de consagración delante de Dios. ¿ Que es consagración? Consagración significa: servir solo al Señor. Un hombre no puede servir a dos señores Si respeta a uno, va a desprejar al otro, tarde o temprano el que sirve a dos amos va encontrar este dilema. Y finalmente acabara amando a uno y aborreciendo al otro. Si una persona no es consagrada plenamente al Señor acabará sirviendo a las riquezas u otro amo completamente. El Señor insiste en que los ojos deben de ser sencillos lo cual significa que nuestro servicio y nuestra consagración debe ser sencilla. La singularidad de los ojos del hombre se expresa en la singularidad en su servicio. Que Dios nos permita ver este principio básico: Si



queremos estudiar la Biblia, para entender su enseñanza y adquirir la revelación que hay en ella, tenemos responsabilidad del Señor en consagrarnos de modo absoluto y total a Él; entonces podremos ver en las Escrituras. Siempre que nuestra consagración se vuelva dudosa, nuestra visión deja de ser clara. Si nuestra visión se nubla, nuestra consagración será defectuosa. A menos que una persona esté consagrada nunca va poder estudiar la palabra bien, cuando lee las Escrituras va a encontrar algunas áreas en las que aún no se ha consagrado y sobre él se extenderá la oscuridad. A medida que siga leyendo se verá confrontado con más áreas no consagradas y mas oscuridad. Con la oscuridad sobre él es incapaz de obtener algo de Dios. No puede servir al Señor por un lado y esperar ir por su cuenta por otro. Alguien puede decir realmente: *“quiero conocer la voluntad de Dios, pero no se que enseña la Biblia sobre este punto”*. Esta es una excusa que da; no es verdad. No sabe porque no tiene deseo de seguir el camino del Señor. Si quisiera andar verdaderamente en el camino del Señor, viera el camino claramente marcado delante de él. Sólo una clase de personas no ven claro: aquellos cuyos ojos no son sencillos.

LA CONSAGRACIÓN LIGADA A LA OBEDIENCIA

Según sea nuestra obediencia, Dios nos va a revelar la verdad de la Biblia. La medida de nuestra obediencia delante de Dios, determina la cantidad de luz que recibimos. si obedecemos a Dios de modo persistente, vamos a ver de modo continuo. Sin consagración, no puede haber vista; sin persistencia ni obediencia, no va a ver aumento en la claridad de la vista. Si nuestra consagración es menos que absoluta, nuestra iluminación también será incompleta; porque si nuestra consagración es demasiado general, nuestra iluminación no puede ser específica. Así que el problema básico se halla en la consagración. El que no conoce la consagración, no tiene forma de conocer la Biblia. Para poder ver de modo continuo, el que se ha consagrado no solo ha de tener aquella consagración básica hecha una vez, sino también una obediencia persistente. El grado de iluminación depende de la obediencia de uno después de la consagración. El ver de modo pleno, exige perfecta obediencia.



Prestemos atención especial a la palabra del Señor Jesús: *Jn. 7:17 Si alguien quiere hacer la voluntad de Dios, sabrá si mi enseñanza es de Dios o si hablo de mí mismo.* Si un hombre desea hacer la voluntad de Dios, la conocerá. En otras palabras la obediencia es la condición para conocer Su voluntad.

El querer hacer la voluntad de Dios es la condición para conocer la enseñanza de Dios, es imposible por completo el conocer la enseñanza de Dios sin tener la intención de hacer la voluntad de Dios. El conocer la enseñanza de Dios requiere la intención y el deseo de hacer la voluntad de Dios. El querer es una cuestión de actitud. A Dios le agrada que tengamos esta actitud de obediencia y cuando está presente en nosotros, la enseñanza de Dios se volverá clara para nosotros. En vez de ir siempre preguntando lo que la Biblia enseña, preguntémonos a nosotros mismos si estamos dispuestos a escuchar la palabra del Señor. El problema se halla en nuestra actitud y no en las enseñanzas de las Escrituras. El que la Biblia se nos manifiesta o no, depende en gran parte de nuestra actitud en tanto que Dios es responsable por su enseñanza. Si nuestra actitud hacia Dios es recta Dios va a revelarnos inmediatamente su palabra y cuando haya otro acto de obediencia instantánea con otra actitud recta habrá otra revelación de Dios. Con una actitud recta viene la revelación; con la obediencia a esta revelación, viene mas actitud recta y una nueva revelación. Todas las órdenes de Dios son intencionales, tienen un propósito. Siempre que perdemos dos o tres actos de obediencia, de modo invariable incurriremos en pérdida delante de Él. Cada vez que fallemos, ha de ser debido a algún defecto en la consagración, al margen de cuanto nosotros creímos habernos consagrado y obedecido. Él nunca coacciona a las personas ni va a pronunciar sus palabras porque sí. El Espíritu Santo parece ser muy tímido, porque se retrae al instante en que percibe una vacilación por nuestra parte. Dios no nos dará luz si nuestra consagración es defectuosa. Por tanto, el fallo en entender la Biblia no es una cosa trivial; revela un defecto en nuestra consagración. Se necesita comprar un güento para los ojos; no se da gratis. El ver es algo que cuesta no se da gratis o a poco precio.